



Gervasio Posadas

# EL FRACASO DE MI ÉXITO

GERVASIO POSADAS  
EL FRACASO DE MI ÉXITO



© Gervasio Posadas, 2025  
© Editorial Planeta, S.A., 2025  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 4.915-2025  
ISBN: 978-84-670-7598-4

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Unigraf, S. L.  
Impreso en España-*Printed in Spain*



Giro el cuello y los músculos responden con un chasquido. La respiración se acelera e intento mantener mis pulsaciones bajo control. Saco el arma de la bolsa de deportes: el fino cañón de acero mate, la culata que se ajusta a mi hombro, la mira telescópica, el silenciador grueso y alargado. Ensablo las piezas y acaricio el fusil, siento su tacto suave y aún frío. Hace un poco de viento, tendré que corregir el tiro para hacer diana con precisión. Levanto la capucha del pasamontañas, me asomo desde mi escondrijo y escudriño el panorama. La Feria del Libro de Madrid presenta un lleno reventón, como acostumbra a ser normal el domingo por la tarde. Ese día suele haber más paseantes que lectores, familias con niños, novios cogidos de la mano que comen un helado, solteros con perro que buscan plan, patinadores que se empeñan en practicar el eslalon entre la muchedumbre, emigrantes que buscan una buena sombra para sentarse a comer arepas con un grupo de compatriotas. Los curiosos toman fotos de los autores desde una distancia prudente para no verse obligados a comprar y probablemente sin tener muy claro a quién retratan. Cuesta ver compradores con bolsas de la feria, excepto alrededor de las casetas donde están los *youtubers* o

alguna estrella del deporte que firma un libro que no ha escrito.

Sigo todos los movimientos a través de la mirilla y hago mis cálculos. Con paciencia, sin apresurarme, esperando el momento. El viento, el viento, tengo que recordar la compensación. Y buscar el instante adecuado para que el pánico no estalle demasiado bruscamente. Uno de los patinadores no calcula bien y choca con una señora cargada de libros, que cae de forma aparatosa. Es el momento, la pieza deseada encaja perfectamente en la retícula. Aprieto el gatillo con suavidad y el *skater* cae sin lanzar un grito, sin alzar siquiera los brazos. Nadie le da importancia al principio e incluso algunos ayudan a la señora a recoger los libros. Luego ven el reguero de sangre que escapa del cuerpo del patinador y las pequeñas hormigas que veo a través de la mirilla empiezan a alborotarse. Ahora busco mi objetivo en el otro extremo de la feria: un tipo de esos que nunca compra y que se dedica a observar a uno de los autores que firma como a un mono en un circo se derrumba fulminantemente. A continuación, es el turno de una vieja que llena sin ton ni son el bolso de folletos de las editoriales.

Ya he entrado en calor, ya puedo afinar los disparos. Una famosa de la prensa rosa que rubrica sus memorias en la caseta 212 cae con una mancha carmesí en la frente. La cabeza de un *youtuber* estalla como un melón. A través de la mirilla, veo con placer la cara desencajada de un escritor de nauseabundos *best sellers* justo antes de que un proyectil le entre por un ojo y salga por la nuca. Un actor que ha escrito una absurda novela de ciencia ficción y que ha conseguido vender más ejemplares que el mismísimo Philip

K. Dick agacha la cabeza para intentar esconderse, pero lo alcanzo a través de los paneles del *stand*. Por un momento parece que la multitud va a enloquecer, pero de repente, como si hubiesen adivinado el patrón por el que se rige el tirador, todo vuelve a la normalidad, los lectores compran, los autores firman. Solo han desaparecido los que no encajaban. Bajo el rifle. Los músculos se destensan, la garganta se afloja. Me siento tranquilo, despejado, como si mis problemas se hubieran evaporado con el olor a pólvora.

Ya estaba a punto de caer. En cualquier momento los pensamientos empezaban a estirarse como un chicle, a disolverse en el éter, y me quedaría dormido como un bebé... Sin embargo, sin embargo, el sueño no llegaba. Me di la vuelta y cambié de posición, quizás apoyando el peso del cuerpo sobre el corazón consiguiera amodorrarme. En esa época la imagen del francotirador justiciero era de las pocas cosas que lograban que conciliara el sueño. Una versión un tanto psicópata e inconfesable del método de contar ovejitas, pero que a mí me funcionaba. Aunque normalmente bastaban unos cuantos tiros para caer fulminado, esa noche no sucedía. ¿Os parece un rito un tanto siniestro? Quizás no debería haber empezado mi relato por aquí. Al fin y al cabo, a todos los autores nos gusta caer bien a nuestros lectores. Digamos simplemente que llevaba unos cuantos meses con problemas para conciliar el sueño.

Alargué la mano para coger el móvil. Las dos y media de la mañana. Al día siguiente estaría hecho un trapo, como siempre que no dormía. Ojeé los titulares de los periódicos antes de desechar el teléfono, a ver si la puñetera pantalla iba a desvelarme definitivamente. Di unas cuantas vueltas más en la cama, volví a la Feria del Libro y me

cargué a unos cuantos más a los que les tenía ganas. Nada, no había forma. Derrotado, acabé por encender la luz y coger el libro que tenía en la mesilla de noche, *El gatopardo*. Las descripciones de un mundo inmutable de tradiciones y ritos que estaba a punto de cambiar para tratar que todo siguiera igual seguro que me tranquilizarían. Debía de ser la quinta vez que leía la novela y siempre me apasionaba, aunque por motivos distintos. Con los años cada vez me sentía más identificado con don Fabrizio, príncipe de Salina, el gran Padrino, el hombre sabio de vuelta de las banalidades, el aristócrata que observa cómo el mundo ancestral en el que su familia ha dominado la sociedad siciliana se deshace bajo el impulso de la modernidad. Estoy muy lejos de tener sangre azul, pero como él me encontraba en el umbral del otoño de la vida, desengañado de todo y sin asimilar bien lo que sucedía a mi alrededor. Es lo que distingue las grandes obras, siempre permanecen frescas, originales, siempre parecen que están escritas para ti, aunque los años te hayan cambiado tanto que ni te reconozcas cuando te miras en el espejo. No como las bazofias que inundaban las librerías en la actualidad. Además, me consolaba la idea de que Giuseppe Tomasi di Lampedusa escribiera su *capolavoro* con casi sesenta años, lo cual quería decir que me quedaban casi diez para conseguir un éxito como el suyo. Global, indiscutible, imperecedero. Claro que en su momento todas las grandes editoriales italianas rechazaron el manuscrito, que solo se publicó cuando el autor ya ocupaba un confortable nicho en el cementerio de los capuchinos de Palermo.

Abrí el WhatsApp y volví a escuchar el audio que había recibido esa tarde de Amanda, mi agente literaria:

—He vuelto a hablar con María Elena, la editora de Barcala para insistir con tu novela, pero no me ha dejado ni acabar la frase. Siento decírtelo así, pero según ella eres un escritor maduro. En el mal sentido de la palabra.

Maduro. Que etiqueta tan vergonzosa e injusta. Como la estrella amarilla bordada en la ropa de los judíos, como el sambenito de los herejes. En el argot de la profesión —o al menos en el de ciertos editores como María Elena—, quería decir que ya te habían exprimido hasta donde se podía, que ya no vendías, que no le interesabas a nadie, que estabas pasado de moda. Una fruta pocha, un yogur caducado. ¡Qué sabría esa mediocre de literatura!... Lo malo es que ya habían rechazado la novela todas las editoriales que me interesaban, Barcala era mi última esperanza, un último cartucho al que nunca habría recurrido en mis buenos tiempos por su falta de pedigrí literario. Más allá solo quedaban los chiringuitos que únicamente publicaban a *millennials* o los de dudosa reputación. O, horror de los horrores, el abismo de la autoedición.

En algún sitio debía de tener un cigarrillo. Supuestamente había dejado de fumar hacía unos días, pero, como siempre me hacía trampas al solitario, acabé encontrando un pitillo en un cajón. Estaba más seco que un vaso de talco, pero en ese momento me habría fumado una estaca. El tabaco rancio consiguió que pudiera digerir mi angustia, incluso me colocó un poquito. Me miré al espejo. Por un momento me pareció ver al joven autor que había sido hacía treinta años, la melena rizada y azabache, la mirada intensa, el gesto altanero. El espejismo se desvaneció enseguida y quedaron las lanas ralas y llenas de ceniza, el rictus amargo y una barba intermitente. Me consolé pen-

sando que aún no me había encogido como los viejos prematuros y que todavía conservaba algún rescoldo en los ojos, aunque fuera producto de la desesperación.

¿Cómo podían haber rechazado mi libro una vez más? Yo no soy de los que creen que todo lo que escriben es genial. Es más, casi puedo decir que soy el más implacable de mis críticos y, sin embargo, estaba convencido de que aquella novela era una de mis mejores obras: vibrante, evocadora, llena de acción y al mismo tiempo de intensidad literaria. Era cierto que la Guerra Civil estaba ya muy sobada a estas alturas, pero muchos autores se habían hinchado recientemente a vender novelas sobre ese tema. La Guerra Civil se había convertido en un escenario en el que cabían todos los dramas humanos y yo busqué un enfoque mucho más intimista, lejos de las grandes batallas: el romance entre una miliciana comunista y un sacerdote, una pasión prohibida por Dios y por el partido, un amor que desafía a la muerte, un acercamiento distinto a la eterna lucha de las dos Españas... que al parecer no interesaba a nadie.

¿Qué pretendían que escribiera? ¿Una historia canalla de bares, discotecas y drogas? De eso iba mi primera novela, la que me convirtió en «casi» famoso, la que se adaptó al cine y que cosechó la bendición de los grandes popes, en esa época en la que a la gente todavía le importaba lo que dijera la crítica. Pero ¿cómo iba a escribir algo así si sentía acidez solo de pensar en salir por la noche? Además, no había nada más patético que un cincuentón acodado en una barra esperando a que le pasase algo interesante cuando en realidad preferiría estar en casa viendo la última castaña de Netflix.

Tiré *El gatopardo* contra el suelo con rabia. ¿Qué sentido tenía leer esa novela o cualquier otra? ¿A quién le importaba la literatura? A nadie. España nunca ha sido un país de grandes lectores, pero antes había un público que compraba novelas de García Márquez, de Delibes, de Torrente Ballester, incluso de autores más complejos como Juan Benet. Otra cosa es que los leyeran, pero por lo menos invertían en calidad, aunque fuera porque los lomos quedaban bonitos en la estantería del salón. Ahora ojeaban con desgana el libro que les regalaban en Navidades o en su santo y si en las dos primeras páginas no se encontraban con tres muertos, un terremoto y un gorila asesino, lo aparcaban sin una gota de remordimiento.

Me imagino que muchos pensaréis que mi rabia contra el mundo editorial y los lectores en general nacía del rencor por no vender, porque mis novelas no formasen parte del exclusivo club de las que encuentran un hueco en las mesas de novedades de las librerías. No soy un cínico, en parte era así. Los *best sellers* contemporáneos me parecían una basura comparados con los de otros tiempos no tan lejanos, como *Memorias de Adriano* o *El nombre de la rosa*, pero lo que más me dolía era que esa masa informe y anónima que llamamos público no me leyera a mí. Era la amargura de un amor no correspondido, una novia a la que escribes una carta de cientos de páginas y que no se digna a abrirla, el desprecio a tus sentimientos más íntimos, a lo único que estás seguro de que haces bien.

Encendí la colilla del cigarro y apuré un par de caladas más. De nada servía lamentarse ni los sentimentalismos: si la novela sobre la Guerra Civil no interesaba, la archivaría hasta mejor ocasión. No tenía sentido pensar en el año y

medio que le había dedicado, en las noches enteras trabajando. Solo conocía una forma de vencer a la duda: teclear, teclear y teclear hasta la extenuación. Cogí el ordenador portátil y acomodé las almohadas para buscar la mejor postura para escribir. Sería por ideas. Tenía miles. Escribiría algo sensacional, una novela distinta, apasionante, que todo el mundo quisiera leer.